

DON AMÓS DE ESCALANTE

Biografía y carácter.

“El linaje de Escalante, su fundamento fué de Escalante, de unas paredes derribadas fuera de la villa de Escalante, e aquel que de allí fué a poblar en Santander sucedió a un Arcipreste de Santander que llamaban don Iñigo Trecha, que valió mucho, e fué buen perlado e honrado, e ganó mucho algo, obo hijos, e el mayor caso con hija de Pico de Casio, que moraba cabe la peña e castillo, que era un buen ome, ganador, que hallo mucho oro e plata so la tierra en un sepulcro por gracia de ventura...” Así comienza Lope García de Salazar la relación de lo que a su noticia había llegado del origen e historia del linaje de Escalante, que era “en la villa de Santander”.

Desde los remotos tiempos a que la conseja de su fortuna se refiere, el apellido Escalante se enlaza ahincadamente a la vida de la ciudad y en todos los acaecimientos posteriores de guerras y heroicidades en el tiempo de ellas, de letras y pacíficos menesteres en más civiles edades, suena con honra, hasta lograr la máxima palma literaria por la pluma de don Amós de Escalante, que logra convertirle en bandera y símbolo de amor al ser y a la tradición de su región nativa.

“Todo el mando de la villa había seido e era en el linaje de Escalante”, afirma el propio García de Salazar, y por él sabemos de la repercusión de la lucha de bandos en Santander, de la muerte de Juan de Escalante, “fijo de Juan González *el Ciego*, de una saetada que le dieron por el pie, de pasmo”. Tras esta primera sangre vertida la desgracia se ensaña en el linaje: Pedro Alfonso y Rodrigo mueren en Castilla de dolencia; a Juan de Es-

calante, el hijo mayor, matáronle los ingleses “en la isla de Renuny, andando en armada, saliendo en tierra”, y desastrosamente en la mar, *de tormenta*, mueren asimismo los otros dos hijos que restaban de Juan de Escalante *el Ciego*, Pedro y Fernando, y así se amenguó este solar y vino a acabamiento.

Todo esto pertenece a un pasado de memorias inciertas, y el enlace de esta desdichada familia, sobre la que parece cernirse una fatalidad de tragedia, con las ramas de Escalantes que hacen sobrevivir con honra el apellido, no es documentalmente comprobable. No es aventurado creer, y a más de la tradición documentos abonan esta sospecha, que la aposentada en Laredo en el siglo XVI pertenecía a este linaje. De ella fué lustre aquel gran don Bernardino de Escalante que siempre gustó en los libros que publicara unir a su nombre montañés el título de beneficiado de Laredo. Abierto espíritu, y por tal acomodado representante del sentido universalista de nuestra cultura, espera de algún paisano erudito el estudio y juicio precisos que resuciten su justa estimación. Su libro más importante versa sobre el arte militar, y mostró bien clara su general curiosidad en el que escribiera sobre las costumbres de China y de la India, tal como debieron llegar a su noticia por la relación de historiadores lusitanos.

Pero la máxima vocación y la máxima aptitud literaria había de darse en otra rama del linaje, ilustremente aposentada en Bejorís, solar de Quevedo. Es muy probable que ambos apellidos, hoy gloriosos en la historia de nuestras letras, tuvieran alguna relación de parentesco, y de ser así, sumamente sugestivo sería para sus devotos que el emocionado elogio que en su viaje a Andalucía inspira a Escalante la vista del señorío de la Torre de Juan Abad, pudiera obedecer, tanto como a una confesada preferencia literaria a un indiscernible llamamiento de la sangre.

En 1607 suena en padrones de Bejorís como hijodalgo notorio García Fernández de Escalante, que debió nacer hacia 1570, y que al servicio de los Felipes segundo, tercero y cuarto sirve como aposentador de los guardias viejos de Castilla, y muere en Perpiñán en armas por el Rey. En su testamento militar, hecho en apretada ocasión de campaña, funda un mayorazgo con “la mia casa de la Isla, cercada y torréada como está, con su hórreo y viña y huerto”, a más de otros bienes que menciona.

En honrosos puestos de justicias y alcaldías de su valle de

Toranzo figuran sus descendientes durante los siglos XVII y XVIII, y más tarde, como más notorio, don Juan de Escalante e Ibáñez de Corvera, aposentado ya en sus casas de Becedo, en Santander, ejerce el cargo de alcalde de la ciudad en los días turbulentos en que la cruel veledad del católico Fernando VII ponía a prueba la entereza de los espíritus libres mal avenidos con el absolutismo. Porque de entonces se vincula a los Escalantes el entusiasmo patriótico y liberal, que durante todo el siglo XIX exhiben complacidamente, y que en don Amós, aliado con un sentimiento intensísimo de la tradición, había de producir el más selecto ejemplar de caballero, al par patriota castizo y hombre tolerante, español exaltado, católico y venerador fervoroso de toda virtud castiza, y europeo de su tiempo, abierto a toda novedad, curioso de todo pensamiento, practicante de toda actividad o deporte limpio y noble.

En bien pocas líneas caben los sucesos que nos importan de su biografía para inscribir en ellos, como en esquema previo, algunos rasgos esenciales de su carácter. Nace don Amós en Santander, el 31 de marzo de 1831. Su padre, don Cornelio Marcelino, continuando la tradición liberal de la familia, es alcalde de Santander y comandante de la Milicia Nacional. Su madre, doña Petronila Prieto Labat, pertenece a una ilustre familia montañesa que cuenta entre sus pasados quienes en pruebas de Ordenes militares acreditaron la limpieza y cristiandad de su estirpe. La educación primera de don Amós es proporcionada a estos antecedentes. Bachillerado en el Instituto Cántabro, se traslada a Madrid, en cuya Universidad Central cursa Ciencias físicas y naturales, en cuya Facultad se licencia. Hasta 1880, fecha en que contrae matrimonio, asiste en la Corte, frecuentando la vida social de pretensiones más selectas y las amistades literarias más codiciadas para quien sienta tal vocación. Entonces pudo tratarle don Juan Valera y juzgarle con su autoridad irrecusable de hombre de mundo en frase que nos ha transmitido Menéndez y Pelayo: "Era el mejor educado de los hombres." Después de su matrimonio con doña María de la Colina, bondadosísima dama de la casa de Zurita, se retrae en su Santander nativo, al abrigo de un hogar feliz, bendecido por Dios con calificada descendencia, que continúa haciendo honor a las obligaciones de un apellido ilustre, y muere el 6 de enero de 1902.

Lecturas diversísimas, viajes brindados al recreo y a la en-

señanza, cuidados entrañables de familia, deportes al mar y al aire libre y media docena de libros ejemplares son los incidentes de su vida colmada y señorial. No parecen tales sucesos reductibles a un relato pintoresco. Un ingenioso escritor montañés, Eduardo García Enterría, logró ordenarles en la división que un discreto hizo de su tiempo, según nos cuenta Gracián: "Célebre gusto fué el de aquel varón galante que repartió la comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda, con los vivos. La tercera, consigo mismo." Semejantemente don Amós, antes de lucir en el teatro del mundo, lee sin reposo, consulta como a oráculos los libros, celosos depositarios de sabiduría, y de ellos llegan a serle familiares los más doctos, y los primeros los sagrados, que maneja y relaciona como consumado escriturario. Amó de los libros el espíritu. No fué bibliófilo profesional como su amigo Fernández de Velasco, el tradicionalista de Soñanes, ni erudito dedicado como su amigo Menéndez y Pelayo; pero jamás tuvieron las bibliotecas públicas más puro lector, concurrente más asiduo. Nunca interrumpe este diálogo con los muertos, ni su continuado comercio con los que fueron le impide comunicar con los espíritus aún vivos que fían al libro su actividad. Su curiosidad intelectual sobrevive a la robustez de su salud, y ya maltrecho y decaído en sus últimos años sigue todo el movimiento literario desde su señorial retiro de Becedo, y nunca le falta una palabra de aliento para la juventud que irrumpe en el estadio literario, ni un juicio austero y razonado para los maestros que autorizadamente lanzan en libros su doctrina.

Tras la primera época de meditación y de estudio, de adiestramiento y formación, llega la de entablar el diálogo con los vivos. Viaja incansablemente, apercibida y vigilante la sensibilidad al espectáculo de la naturaleza y del arte, colmada la memoria de recuerdos que alojar en los paisajes y las ciudades que frecuenta, dispuesta la voluntad a la impresión de la vida actual sorprendida en el bullicio ciudadano y en los caminos que su vocación de peregrino y de alpinista le hacía recorrer constantemente. Fruto dichosísimo de esta fase de su actividad son sus libros de viajes, que si aparecen como los iniciales de su bibliografía, no son los menos gratos de su repertorio, y acaso sean los que más importan para el conocimiento de su carácter y de su sensibilidad.

Pero desde su iniciación literaria venía sirviendo otra voca-

ción, la de poeta, a la que había de ser fecundo el reposo y el continuo vivir consigo mismo, la meditación solitaria y el apartamiento de ruidos y bullicios. Y tanto como a su actividad de poeta había de importar este retiro al empeño de su otra obra maestra, la de su vida, que si participó del arte tuvo mayor parcela en ella la austeridad moral, el moldear una conducta social y religiosa que había de poder presentarse como un dechado de cristiana caballeridad, señorial y virtuosa. Es la tercera jornada la de dialogar consigo mismo, que ha de cumplir en el apartamiento de su hogar, en el ejercicio solitario de la Montaña, en el adentrarse como nadador intrépido en la soledad innumerable de su mar del Sardinero, cuyas voces ingentes y cuyo silencio abismal había de interpretar con sensibilidad de elegido y con voz felicísima de poeta.

Del carácter, de que son estas líneas primer bosquejo y silueta imprecisa, han trazado los hermanos Menéndez y Pelayo imperecederas semblanzas, con la doble autoridad del conocimiento y la competencia, a más del amor al sujeto retratado. Al par de ellas quiero situar la que el propio Escalante hizo de sí mismo y que no creo ha sido nunca reproducida, ni menos considerada. Fué en unas respuestas a esas inquisiciones, no siempre discretas, de los álbumes de las damas. Bien sé que en tales casos, y es ya coacción dirigirse a una mujer, no suele ocupar la sinceridad la presidencia de lo escrito; pero juzgo muy dignas de tenerse en cuenta tales confesiones, pues si no la realidad del carácter que se pretende conocer, aparecen los rasgos del arquetipo o ideal que el declarante concibe y al que cree ajustarse. He aquí la página delatora.

DIME CUÁL OBTIENE TU PREFERENCIA.

- 1.º *Las virtudes.*—La de olvidarse de sí mismo.
- 2.º *Los personajes históricos.*—Eva.
- 3.º *Los poetas.*—Unos ojos.
- 4.º *Los nombres propios.*—El que no se dice.
- 5.º *Los colores.*—Los que me miran.
- 6.º *Las diversiones.*—Caminar.
- 7.º *Los objetos de comer.*—El primero a la hora del hambre.
- 8.º *Las ocupaciones.*—Acabarlas.
- 9.º *Las flores.*—La que miro.
10. *Los pueblos.*—El suyo.

11. *Las estaciones del año.*—La que va a llegar.
12. *Los tipos de raza o provincia.*—La montañesa.
13. *Qué es lo que más te hace gozar.*—Oír.
14. *Qué es lo que más te hace sufrir.*—Negar.
15. *Cuál es tu proverbio favorito.*—No le tengo.

Fácil me parece separar en estas declaraciones lo que es puro juego de ingenio y lo que puede ser sinceridad. Sin duda que su preferencia por la humildad, que esa virtud es la que más se aproxima a la definición de “olvidarse de sí mismo”, responde a una concepción franciscana de la vida, que ha de tener repercusión en su obra literaria, como la tuvo en lo más íntimo de sus preferencias religiosas. Su diversión favorita, la de caminar, la practicó con devota asiduidad. El gozo de oír y el dolor de negar son trazos de su fisonomía moral que no les delinearía mejor el más seguro retratista. Las preferencias del pueblo y tipo o raza, no era preciso que las confesara; con todo, sirva su testimonio, entregado con voluntad de tal, para unir a los innumerables que se encuentran en cada página de sus libros. No pasemos por alto la confesión de su repugnancia a todo prejuicio, manifiesta en su negativa a preferir proverbios, ni menos los escarceos de pura galantería, que no deben interpretarse en Escalante con el frívolo significado usual, sino con el de rendimiento sincero, tan hecho substancia de su carácter, que irrumpe en cada libro y en cada momento, siempre con el mismo tono de respeto y veneración.

Reléanse las dos semblanzas debidas a Enrique y Marcelino Menéndez y Pelayo y de ellas nada podrá rectificarse, y con ellas acrecentarse bastante de lo que llevo insinuado y transcrito. E insisto en la necesidad de tener a la vista siempre el tipo humano de Escalante al considerar su obra literaria, porque en la distinción (de distinguido y de distinto) de su carácter reside la distinción fundamental de su producción literaria. Su vida señorial y de señor antiguo, “en todo lo que esta palabra puede tener de encómíastico”, presta el tono a sus escritos, y por coincidir tan exactamente con el arquetipo que para nuestra Montaña tradicional ha forjado la estimación de los demás, se convierte en su verbo más autorizado, y encarna toda la hidalguía y apego de su tierra a los valores históricos y nobiliarios en sus preferencias temáticas, en su celo por el decoro retórico, en la hidalga prestancia de su arte. Por esto puede presentársele como el escritor

más representativo de la Montaña en sus aspectos tradicionales e hidalgos; y cuéntese que la hidalguía de Cantabria era fundamentalmente legitimidad y cristianismo; es decir, limpieza de sangre y de espíritu.

Por tener estas cualidades su arte no fué un arte frívolo, solaz de una hora y acaso —aunque no sea más que por el tiempo mal empleado— remordimiento de una vida, sino lección constante de virtud insinuada con el ejemplo o realizada con la acción, expresa en la sentencia o depositada con lo mejor del alma en la palabra.

“Un libro de pocas páginas, pero escrito con el alma” era para él su libro preferido, el inmortal de Silvio Pellico. Frente a la prisión de los plomos, en Venecia, se complace Escalante en evocar la figura del gran resignado, “víctima cristiana, que al tomar en la mano una pluma, arma la más segura y vengadora, domando el propio espíritu, no la esgrimió contra sus verdugos.” Esta actitud ejemplar y cristianísima, que hace de *Mis prisiones* una bella acción moral, atrajo la devoción de Escalante por el libro más aún que por su innegable encanto literario. Y este ideal, a la vez moral y artístico, le expone aún más claramente al hablar de otro libro predilecto, *El leproso de la ciudad de Aosta*, de Javier de Maistre. “La sencillez evangélica de su pensamiento, la pureza de su doctrina, el estilo natural y propiamente humano que la desenvuelve, sorprendieron mi atención, acostumbrada al artificioso plan, a las filosóficas declamaciones, al espíritu mezquino de tantos otros libros, cuya lectura enfriaba el corazón, fomentando en él el desprecio de los hombres y un desordenado amor de sí mismo.”

Vocación de austeridad y de sacrificio juzgó la del escritor, y para bien servirla siempre creyó indispensable el concurso de toda la voluntad y de todo el esfuerzo. “No pienses que tal oficio de escritor —decía al conocido y entusiasta montañés José M.^a Quintanilla, que en sus escritos se firmó siempre *Pedro Sánchez*— puede tenerse por casualidad, antojo o pasatiempo de la vida; téngolo yo por vocación y necesidad suprema del alma, que no se huye ni se ahoga, que pide para sí y se lleva y embarga todas las fuerzas del espíritu, sin dejar alguna ociosa o distraída, y que desfallece o se vicia o se apaga siempre que cualquiera causa convierte a otro empleo una o muchas de aquellas fuerzas.”

Esta austeridad de la intención artística se alía en Escalante con una sensibilidad despiertísima, maestra en matices, como acostumbrada a adivinar siluetas y colores entre las nieblas de su nativa montaña. Fruto de ella es esa facilidad para relacionar fenómenos de orden físico y contingente con categorías morales, de ver la alegoría patente en la sencilla evidencia de accidentes y circunstancias. Más espacio del que puedo dedicarle, dada la economía de este trabajo, pide el examen y el elogio de este primor; pero por ser piedra de toque para la sensibilidad y ser ésta rasgo capital del carácter del escritor, transcribiré algún ejemplo del mismo libro —el de viajes *Del Ebro al Tiber*— en que he procurado los anteriormente copiados. “Flor de las ruinas y de los pobres” llama a los alhelíes, relacionando con sensibilidad delicadísima de poeta la modestia de la florecilla con la decadencia melancólica del acabamiento y de la pobreza. Y próximo a este pasaje (hablando del vestido de las piemontesas) escribe: “Los colores del vestido eran todos tristes (gris y azul) y triste también y desgarrado su corte.” La sensibilidad que para el color supone este inciso se documenta luego con la siguiente ampliación, en que no falta el color de la época, como amarra que adscribe toda la obra de Escalante al momento romántico en que se produce. “Las razas montañosas prefieren los colores vivos, o porque los toma simplemente de la naturaleza, o porque es destino suyo formar parte del todo armónico, de la entonación vigorosa de aquella misma naturaleza. Por eso en nuestras montañas copian la encendida púrpura de las amapolas que enrojecen las praderas, o el oro ardiente de las árgomas que erizan las lomas. Toman además el blanco de la perpetua nieve de las cumbres, y el negro... el negro le encuentran acaso en el corazón, donde una ley tirana de la humanidad ha puesto el instinto del pesar y del luto, como revelación infausta de su natural miseria.”

Una vocación sirvió Escalante, cuyo significado es indispensable fijar en la semblanza que de su carácter estoy intentando. Pese a su preferencia por la historia, a su aspiración a sumergirse en el pasado, Escalante gustó de comentar el suceso actual, de servir a la efímera máquina del momento, al prospecto vocinglero del suceso diario. Pero es de notarse que en sus colaboraciones en la prensa no se conforma con dar la noticia periodística escueta, sino que siempre interpone entre la actualidad que comenta y el lector la suma de recuerdos históricos que el suceso

le sugiere o su personalidad lírica, cuyo interés se sobrepone al que el caso descarnado pudiera despertar en la masa de espectadores. Preferentemente hizo crítica de libros y crónicas de sociedad. La más distinguida, por él frecuentada, le daba ocasión de barajar sin violencia recuerdos de historia y sonoros nombres de nuestro nobiliario, y en las ocasiones en que más modestos sucesos movían su pluma era la reflexión sentenciosa, el desborde lírico lo que ennoblecía la materia, que nunca ofrece desnuda, por puro afán noticioso. Sin duda que puro periodismo son párrafos como el siguiente de una correspondencia en *La Época*: “Las cuatro corridas de toros que han tenido lugar en los días 4, 6, 7 y 8 del corriente han sido brillantes; ganado excelente, la primera cuadrilla de España y un servicio como no podía esperarse donde no hay costumbre de semejantes espectáculos; nada ha faltado. Curro y Tato han estado, si así puede decirse, como nunca; Calderón ha dejado fama en estas comarcas y alta reputación de esforzado y cabalgador, y los berrendos de Veragua han sostenido la suya, que alcanza a todos los redondeles de España.—El día 6 se pasó la tarde en placeres marítimos...” Sigue aquí un relato de festejos marineros en el mismo tono que hemos visto en la relación del festejo taurino. La obligación del periodista estaba cumplida, y aun con el exceso de un decoro literario no acostumbrado; pero Escalante no puede dejar de interponer su personalidad lírica, en este caso bien norteña, y así continúa: “El mar con su majestuosa calma, con su imponente hermosura, con su misteriosa grandeza, atrae sensiblemente el ánimo, recoge las ideas y abriendo nuevo espacio al pensamiento le abstrae y eleva a las más altas contemplaciones. Así puedo asegurarte, mi querido amigo, que del vistoso castillo de pólvora quemado en la misma noche sobre un merlón saliente del muelle, yo sólo veía algún reflejo lejano sobre la tersa superficie de las aguas, que animaba a lo lejos el canto de algún marinero solitario y apartado del hervidor murmullo de la ribera. La luna brillaba en el cielo y para mí el ruido de la vida se ahogaba en el silencio sublime de la naturaleza, y su inquieto movimiento desaparecía en la tranquila soledad del mar.” Así escribía a cada paso Escalante sus crónicas periodísticas.

La crítica de artes, a par de la de libros, tentó también su vocación actualista, y de varias Exposiciones hizo reseña cabal y bien orientada, luciendo sus depuradas condiciones de gusto

junto a su no vulgar conocimiento de la técnica y de la historia de la pintura.

Mención particular quiero hacer de una crítica musical hecha con ocasión del estreno de una ópera de Meyerbeer, músico celebradísimo en aquellos días. Es un bello trozo literario y pienso que tanto como la confesada de Peña y Goñi pudo la influencia de esta crónica determinar el tono que el padre Lujás Coloma dió al capítulo de su celeberrima novela *Pequeñeces...* a que sirve de fondo el estreno de *Dinorah*. El padre Coloma hacía por aquellos años vida de sociedad y debió ser lector asiduo de los cronistas de salones: al menos de *Pedro Fernández*, que alternaba en *La flor de lis* (perdón, en *La Epoca*) con don Amós de Escalante, muestra tener cabal noticia.

Para estas lides periodísticas comenzó Escalante a usar del pseudónimo *Juan García*, que le sirvió luego de nombre de guerra en todos sus libros, excepto en el de versos. No es dudoso que habiendo comenzado su labor de periodista con unas cartas a Pedro Fernández (Navarrete), publicadas en *La Epoca*, por contraposición a este vulgarísimo nombre, y como en competencia de vulgaridad, adoptó el de *Juan García*. Mas para lograr tal propósito pudo escoger otro cualquiera y acaso en la preferencia por el que adoptó influyera el encontrarle ya formado y popular, y formado precisamente con la intención de significar nulo relieve. En efecto, el 18 de septiembre de 1848 (contaba Escalante diez y ocho años) estrenó don Manuel Bretón de los Herreros en el teatro del Príncipe su comedia *Memorias de Juan García*, acogida por el público con regocijo y agrado, y discutidísima por la crítica, contra la que se revuelve Bretón en una nota puesta al frente de la comedia impresa. No era extraña la actitud de la crítica: el enredo, endeblísimo, se cimenta en el raro y exactísimo parecido de dos personajes, recurso al que no faltan antecedentes en nuestro teatro clásico, pero que en esta floja obri-lla llega a pasar los límites de la más tolerante verosimilitud. Llámase el personaje suplantado Juan García, y el suplantador conoce los antecedentes de su víctima por un cuaderno de memorias que el Juan García escribe con minuciosa y cómica puntualidad. Satiriza Bretón con este motivo la manía de escribir memorias y subraya intencionadamente el nombre del que en su comedia las escribe, por su vulgaridad genérica:

hay gran cosecha en Castilla:
entre ellos habrá sin duda
personas muy distinguidas;
mas cuando el autor publique
el fruto de sus vigalias,
¿quién al héroe reconoce
anunciado en las esquinas,
pudiéndosele aplicar
mil y quinientas familias?

La popularidad de la obra debió ser considerable. “Es notorio —escribe Bretón— que el público mostró bien a las claras haberse divertido mucho con la comedia.” Cuando Escalante comenzó a usar su seudónimo estaba aún vivo su recuerdo, y no creo, por tanto, que hay violencia en suponer que tal comedia le sugirió su nombre de guerra literario. A la intención de contraponer un nombre aún más vulgar al vulgarísimo *Pedro Fernández*, usado por su amigo Navarrete, pudo ayudar el recuerdo de la comedia de Bretón de los Herreros.

Pero lo que tenía una justificación festiva en la ocasión periódica y en escritos a los que el propio Escalante no debió conceder nunca importancia, no parece tenerla igualmente justificada en obras de otra envergadura y carácter en las que siguió usándole. Acaso fué la virtud preferida, la de *obvidarse de sí mismo*, la que a tal solución le moviera. Lo que fué un rasgo de humor se convirtió en una auténtica profesión de humildad, pues no se trataba de la corriente afectación de usar un seudónimo para gozar la vanidad de ser conocido por dos nombres, sino de ocultar sinceramente el propio, el de velar eficazmente su personalidad, que fuera de su comarca y teniendo en cuenta lo recatado y selecto de su arte, inaccesible a la popularidad, quedaba verdaderamente escamoteada por el sobrenombre.

LIBROS DE VIAJES

Con él empieza publicando sus libros de viaje *Del Manzanares al Darro* y *Del Ebro al Tiber*. La tradición de libros de viajes españoles es más rica de lo que los escasos medios bibliográficos del tiempo de Escalante podía hacer suponer. Su materia más corriente eran países exóticos, naufragios y sucesos extraordinarios. En realidad, nuestras crónicas de Indias y las

portuguesas no son sino libros de viajes accidentadísimos y siempre cruentos, en que a veces de los viajeros queda tan sólo el narrador para transmitir las funestas nuevas. Pero otra corriente de viajes, mal avenida con el carácter de nuestros pasados y en la que de más tiempo atrás son maestros los franceses, es la que nos importa conocer para situar los viajes de don Amós en su verdadera perspectiva. Es la de aquellos relatos en que son menos los lances y los sucesos que han de narrarse que las reacciones líricas del viajero ante paisajes, costumbres y monumentos. Género propiamente lírico, pues lo exterior no es sino ocasión o pretexto de expansiones subjetivas, encuentra su momento en el del romanticismo y su principal lugar en aquellos países en que tal movimiento es auténtica voz, y no eco, siquiera lo sea tan distinto y brillante como en el nuestro.

Si hubiéramos de trazar un cuadro de estos viajes en España acaso empezáramos por un escritor que hoy sin discusión se estima como seguro antecedente del romanticismo. Don Melchor Gaspar de Jovellanos, por satisfacer necesidades íntimas de su curiosísimo espíritu, redacta sin ánimo de que nunca vean la luz sus *Diarios*. Son éstos verdaderas relaciones de viajes con el tono íntimo que ha de presidir en las más famosas del siglo XIX, con la observación justa de costumbres y paisajes, con la estimación documentada de monumentos artísticos, con las confidencias precisas de lecturas y sentimientos, hasta con la breve anécdota sabrosa que ha de pasar en viajes posteriores a primer plano y que aquí no es sino el grano de sal de la relación. No se trata del cumplimiento de un programa impuesto, como en Ponz, sino de la recapitulación de cuanto a un espíritu curioso puede interesar en su tránsito por campos, ciudades y caminos, con plena libertad y sin intención previa y deliberada de prestar un determinado servicio a la cultura.

Posteriormente es don Leandro Fernández Moratín quien cultiva el tipo de relación viajera que nos interesa, y precisamente versa sobre el país que ya era en otras partes, y había pronto de ser en España, objeto principal de estos libros. Los fragmentos de su *Viaje de Italia* es el libro inicial en nuestra bibliografía, copiosísima de viajes al país del arte.

Durante la primera mitad del siglo XIX cultivan este género capitalmente escritores costumbristas, y aunque parezca paradójica, esto no desmiente, sino que acentúa, el carácter romántico que

asignábamos al género. La minuciosa descripción realista no es actividad literaria de signo contrario al romanticismo. Los costumbristas más minuciosos y pagados de la exactitud conviven con los poetas más exaltados del romanticismo, que en muchas ocasiones les sirven de modelo, y la desembocadura fatal del género, el naturalismo, viene a ser la última consecuencia del romanticismo, la post-madurez de tal fórmula de arte. Baste esta indicación inevitable, ya que tan atrayente tema no cabe ampliarle en este lugar.

Decía, pues, que entre nosotros son los escritores de costumbres los que cultivan capitalmente el género de viajes, y cúpleme añadir que lo hacen con el mismo tono y carácter con que describen sucesos y costumbres que les son familiares. Dos atractivos especialmente movilizan a estos escritores en sus itinerarios por Europa: los progresos materiales del siglo de las luces, que iban vulgarizándose por las demás naciones cuando en España eran totalmente desconocidos, y el procurar en incidentes y anécdotas del camino temas en que ejercitar su vocación. Baste citar los nombres de Mesonero Romanos y de don Modesto Lafuente, *Fray Gerundio*, en comprobación de lo aseverado, a más de don Eugenio de Ochoa, devoto europeizante, a quien el primero de los móviles antedichos mueve principalmente en su memorable *París, Londres y Madrid*, que puede servir como ejemplo de manera intermedia entre la puramente costumbrista y la más selecta que ha de prevalecer.

Pero no creo preciso insistir más sobre esta manera, ya que la cultivada por Escalante salva este poco selecto tipo, verdadero bache en el desarrollo de la historia del género, para enlazar mejor con el no buscado de Jovellanos y de algún otro escritor que citaremos a su tiempo.

Menéndez y Pelayo, y para decirlo le autorizaban tanto como su peso de crítico sus confidencias amistosas con Escalante, afirma que para componer éste sus libros de viajes tenía muy presentes modelos franceses. Sin duda ha sido Francia la nación que mejor supo encontrar el punto a esta clase de libros. No es vocación de todos los talentos penetrar el espíritu de países ajenos, ni aun del propio, y menos transparentarle con la clarísima superficialidad en que son maestros nuestros vecinos. Ese *esprit de finesse* (diremos con designación de Pascal) negado a gentes de robustísimo entendimiento es imprescindible para abordar este

género con el carácter ameno que ha de ponerle en boga en toda Europa.

En 1863 publica Escalante su libro *Del Manzanares al Darro*, libro de viajes por España, y por la región de España de la que ya para entonces existía una visión deformada en la que habían colaborado eficazmente viajeros franceses (Dumas, Gautier, Mérimée...). Era lo menos recomendable de tal deformación el que pretendiera encerrar ambiciosos aspectos de psicología nacional. No rechazo las versiones de nuestro carácter y de nuestro paisaje debidas a extranjeros. Pienso, contra una idea muy recibida, que han visto nuestro país con menos prejuicios que los españoles le vemos. Lo que tales visiones tienen de desproporcionadas suele deberse al afán de subrayar lo característico hasta hacer perder la visión de lo genérico, que como fondo de referencia es imprescindible. De aquí una evidente desproporción entre la realidad que nosotros creemos conocer y la descripción que nos presentan. Lo pintoresco y anecdótico, que nosotros juzgamos adjetivo, lo ven ellos como esencial, y sin faltar a la verdad objetiva, al escamotearnos lo más cotidiano que consideramos sustantivo, nos presentan solamente lo puro pintoresco con volumen e importancia desmesurados. Me importaba hacer esta aclaración en pro de la autoridad de tales relaciones, que suelen rechazar los españoles celosos o interpretar con criterio aún más desproporcionado que ellas mismas.

Al escribir Escalante su viaje de Andalucía, una disposición de espíritu optimista y risueña coincide con el genio de la más risueña de las *naciones* españolas, y esa disposición de espíritu, tan propensa a la efusión, hace que ésta se desborde en todas las páginas del libro y nos dé una versión de Andalucía tan lejana del pintoresquismo flamenco, que entonces privaba, como del sentido dramático y sombrío, que ya preludiaba en relatos novelescos, pero que aún nadie, ni como paradoja, había insinuado en pretendidas visiones objetivas de aquella región.

“Nadie ha hablado con tanta efusión y cariño de una tierra tan diversa de la suya —dice Menéndez y Pelayo—. En esta penetración cariñosa había no sólo entusiasmo de artista sino cierto misterioso instinto de raza que a los montañeses, más que a los otros castellanos, nos aclimata fácilmente en Andalucía, y aun nos hace considerar como prolongación de nuestras ásperas breñas y costa inclemente los cálidos vergeles del valle del Gua-

dalquivir, tantas veces regados con la sangre de nuestros padres, y los puertos de la feliz Tartesia, que ellos arrancaron a la morisma y donde perpetuaron su sangre." Un tono subjetivo, jubiloso, penetra todo el libro y rezuma entre sus líneas. El es el fundente de indudables influjos y reminiscencias que le prestan variedad y acaban de definirle y caracterizarle.

Desde luego pocas sugerencias librescas se interponen a esborbar la directa visión. Apenas una alusión a lord Byron en Cádiz, un recuerdo inevitable del Duque de Rivas en el Alcázar de Sevilla, y un elogio efusivo de su gran devoción poética, Zorrilla, en Loja y en Granada. Alguna vez la cita oportunísima de algún verso latino, o el remozamiento de algún bello tópico clásico, como alguna de sus varias deprecaciones al mar, trabajado cien veces en nuestra lengua y en las madres griega y latina.

Es en este libro donde más cabida dió a la corriente costumbrista, que avasalladoramente imperaba en los gustos de su tiempo. Pero, puesto a hermanar por unas páginas su estro con el de los escritores de costumbres, escoge como modelo al único verdadero humanista de entre ellos. El capítulo de la feria de Sevilla está escrito con el recuerdo evidente de las *Escenas andaluzas*, de Estébanez Calderón. El mismo amor a la dicción demorada y retórica, a la abundancia verbal, al paladeo de los vocablos sabrosos por lo pintoresco o por lo significativo caracteriza a los dos ingenios, y dentro de un aspecto puramente formal en este pasaje y en otros de otros libros, les aproxima y hermana.

La afición de Escalante a la crítica de arte, y más concretamente de pintura, tiene lugar en este libro con la página más brillante que versándola escribiera: sus descripciones de los cuadros de Murillo. En las de monumentos arquitectónicos, y muy en especial en la de la catedral de Sevilla, muestra no vulgar saber arqueológico, y responde a los estímulos, inevitables en su tiempo, de devociones medievales. El tópico romántico del anonimato de las catedrales y el glorioso esfuerzo común de su erección, aparece aquí brillantemente, cuando aún no era esfuerzo vano tratar de remozarle. Las expansiones puramente líricas ocupan su lugar en capítulos como el de los patios de Sevilla y sus cancelas, llegando a estados de espíritu que significativamente trata de nacionalizar. He aquí un párrafo delator de esta tendencia, sugerido por su visita a la Alhambra: "Aquella luz y aquel reposo explican muchos misterios del arte y de la vida de

Oriente; es una atmósfera que adormece suavemente los sentidos, aletarga el cuerpo y aguza la mente, y da nueva perspicacia y claridad al espíritu. Eso que los franceses llaman *revêrie* no ha venido del Norte; es un estado moral engendrado por el ardiente sosiego del Mediodía. Para entregarse a él, para acrecerlo y saborearlo con mayor deleite, edificaron los árabes esta parte de la Alhambra.”

Muy otro ambiente tiene el viaje de Italia, *Del Ebro al Tiber*, publicado por Escalante un año después que el anterior. No me parece empresa fácil buscarle modelo, ni en Francia ni en España, aunque es seguro que Escalante conocía bien los numerosísimos viajes publicados del mismo itinerario, conocimiento que parece utilizó más bien para huír huellas anteriores y magistrales que para imitar a ninguno. De los viajes que él seguramente consideró muchas veces nada más lejano de su temperamento, eminentemente literario, que los *Paseos* de Sthendal, con su desgarrado irrespetuoso y su desprecio por la retórica. Tratando de otro país no era modelo apropiado, aunque Escalante hubiera preferido aproximarse a su carácter, el gran libro de Mad. Stäel, mucho más vasto en la concepción y mucho más trascendental en el propósito, como que había de ser una ventana abierta en la Europa meridional sobre el incomparable paisaje social y literario de la Alemania en plena combustión romántica. Bien muestra el ejemplar de su pertenencia lo leído que tenía el delicioso y picante epistolario del Presidente de Brosses; mas ni la imitación podía salvar la distancia cronológica que les separa, tanto que sólo puede considerársele como remoto antepasado.

La serie bibliográfica a que dan comienzo los fragmentos citados de Moratín se había ya enriquecido entre nosotros en el tiempo en que Escalante escribe su libro. En 1857 publicaba don Joaquín Francisco Pacheco su *ITALIA, ensayo descriptivo, artístico y político*. Era superior su conocimiento de la vida política y social al de Escalante. Pacheco escribía, en realidad, sus notas de diplomático en Italia, donde por dos veces representó al Gobierno de doña Isabel II, a la que dedica el libro. Su información es más copiosa y autorizada, sin duda, y no vulgar su sensibilidad ante la naturaleza y ante el arte; pero por falta de verdadero talento literario no tiene la amenidad, ni el sentido artístico, ni la variedad de matices del viaje de don Amós. Con todo, a él se aproxima mucho más que a la frondo-

sidad declamatoria de Castelar en sus *Recuerdos de Italia*, o al libro sobre Roma de don Severo Catalina.

Escalante salva el escollo de reincidir en sendas trilladas, otorgando a sus propias señoriles exigencias, a sus necesidades subjetivas, un margen amplio de temas y motivos y una personalísima nobleza de tono. Con distinción incommunicable se utilizan todas las corrientes que pueden nutrir el género. El costumbrismo anecdótico se acendra con la retórica y la natural elegancia del escritor. Los recuerdos de historia se exploran indistintamente en épocas clásicas y remotas y en sucesos recientes, a los que en más de una ocasión prestó su esfuerzo algún deudo de Escalante. Los tópicos de arte se rehuyen con éxito, y aun para los lugares de imprescindible admiración se ensayan ojos y palabras nuevas. Cuatro frases cruzadas con Cavour, en el tráfico de una reunión mundana, graban en nuestra imaginación su recuerdo con mayor fuerza que el elegante retrato moral que de él delinea Pacheco.

A más de lo dicho, una vaguedad, una ligereza y una oportunidad de episodios y evocaciones le sitúa dentro de un gusto distinto del de los viajes citados. Un libro hay parejo del de Escalante, de menos fuste moral y menor enjundia y densidad, pero muy superior en interés pintoresco: el tan conocido de don Pedro Antonio Alarcón *De Madrid a Nápoles*. Creo evidente la influencia de Alarcón en parte del libro de Escalante. Uno y otro fueron camaradas en Roma, donde coincidieron, y el nombre de Escalante se cita con afectuoso elogio en el libro de don Pedro, y el de Alarcón asimismo con gratitud y devoción en el de don Amós. Ambos viajes se publican en el mismo año, y es indudable que algunos de los capítulos del libro de Escalante están escritos sin conocer el libro de Alarcón. Así todos los que revisten la forma epistolar, algunos publicados en periódicos con anterioridad a su inclusión en el libro, y en los que creo advertir en el tono, y hasta en la preferencia por la forma epistolar, una influencia de las *Lettres familières*, de Charles de Brosses. Pero lo que en un principio fueron epístolas sueltas, escritas en el viaje, hubieron de ordenarse después en un libro, con su itinerario marcado, sin que fuera posible quemar ninguna de sus etapas, y en estos capítulos, que pudiéramos llamar de enlace, fué donde acaso el conocimiento del libro de Alarcón, recibido con fulminante buena fortuna, pudo influir en la pluma del escritor mon-

tañés. Mas tenga esta indicación el valor que quiera, es evidente que, como en toda su obra, Escalante “expresa su propia emoción sobria y delicadamente, con aquel gentil y discreto señorío que le salvó siempre de la vulgaridad”: insustituíbles palabras de Menéndez y Pelayo, reveladoras de lo más característico de los libros de Escalante, como con cansada insistencia he repetido y seguiré repitiendo a lo largo de todo este estudio.

Estos dos libros, más su labor periodística en diarios y revistas de la corte, constituyen lo que pudiéramos llamar primera época literaria de Escalante. En ella predomina lo vario de la curiosidad sobre lo profundo o intenso del conocimiento, y sobre todo la facilidad y soltura del idioma, apenas empedidas por algún giro artificioso, o moderadas por un dejo de elegancia innata, ajeno a intención deliberada o a aprendizaje premioso. A estos libros cuadra mejor que a los más artificiosos posteriores las palabras de Saavedra Fajardo, referidas al elegantísimo historiador romano, que le aplicara Enrique Menéndez como epígrafe de su mencionada semblanza: “Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es Salustio...”

COSTAS Y MONTAÑAS

Los libros siguientes denotan una superior conciencia artística, una delectación en lo puro retórico, verbal, lindante con los vedados encantos del cultismo, un artificio auténtico (artificio, de *ars*, arte), pero no buscado por imitación de modelos arcaicos, sino producto natural de su temperamento, cada vez más influido de lecturas clásicas, gustador más sibarita de elegancias sintácticas, hecho cada vez más a conducir su pensamiento por el laberinto del hipérbaton latino: el trabajado hipérbaton, creador de la precisión y de la auténtica claridad literaria, que nunca puede alojarse en los contornos borrosos e imprecisos del habla paladina, del romance, con que, según el poeta medieval, “suele el home hablar a su vecino”. Al educar su espíritu en modelos clásicos hubo de producirse con estilo parejo al de los que profesaron las mismas disciplinas, y por ello una página de Escalante tiene mayor semejanza con otra de don Diego Hurtado de Mendoza (pongo por escritor profundamente preocupado por problemas de forma) que al corriente castellano de algún novelista contempo-

ráneo suyo, como Alarcón, o de algún periodista de los que empezaban a llamarse brillantes, como Eusebio Blasco.

Creo que era imprescindible esta digresión antes de comenzar a hablar de las obras en prosa de la madurez de Escalante. El estilo literario es parte esencial en la total intención artística de su autor, y precisamente el blanco de los ataques más frecuentes a sus escritos. El de arcaísmo es uno de los más reiterados, y no sé si rechazado con la suficiente energía. Y es seguro que él, que tuvo siempre por meta de sus empeños literarios hacer rezumar de vida, y de vida actual, sus escritos, hubiera tenido por la mayor desgracia crítica la de merecer ese juicio a sus censores. Ciertamente que el estilo de Escalante tiene más semejanza, como he notado, con escritores pasados que con muchos de los que con él convivieron; pero ¿es responsable Escalante del nivel ramplón, del indecoro de la producción literaria de su momento? Ni era todo en éste de tan baja ley. A buen seguro que escritores tan cuidadosos y preocupados de cuestiones de estilo como Valera, como Pereda, como el mismo Alarcón de *El sombrero de tres picos*, no le hubieran hecho tal acusación. El arcaísmo no sólo no fué un ideal estilístico de don Amós, sino que explícitamente le repudió y censuró. “Jamás confundirán ojos expertos —escribió— la lengua de los insignes humanistas del Renacimiento, de Vives y Sepúlveda, de Lipsio y Erasmo, con la de los grandes latinos romanos, y eso que aquellos admirables escritores tenían a su disposición número más grande de recursos, poseyendo juntas a la vez las elegancias, sutilezas y primores de cada uno de sus modelos. Pero acaso esa ventaja aparente mata en ellos la manera distinta y parcial de cada uno, imprimiendo carácter monótono y uniforme a su estilo.” Y el conocimiento de los peligros de este prurito imitativo se une a la convicción arraigadísima de la infecundidad de intentos arcaizantes, que condena con estas notables palabras: “Un extranjero que aprenda el castellano en nuestros autores del siglo de oro escribirá hoy acercándose más al estilo de Granada y Quevedo que un buen hablante moderno: a éste pertenecerá, sin embargo, el magisterio de la lengua, no pasando el otro de alumno más o menos aprovechado.”

En posesión, pues, de un instrumento de estilo trabajado y artificioso (maravillosamente artificioso), pariente por comunidad de origen de los estilos más cuidados con que puede gloriarse

se nuestra prosa, comienza Escalante ésta que convencionalmente hemos asignado como segunda época o manera de su vida literaria. *Costas y montañas*, publicado en 1871, es el libro que podemos considerar como inicial, y en él continúa Escalante su tradición de escritor de viajes, aunque con carácter aún más personal y originalidad mayor que la que hemos ponderado. No quiere Escalante que sea un libro de viajes, es decir, el libro de un viajero, sino que significativamente le subtitula *libro de un caminante*. El área geográfica a que va a circunscribirse no es tan limitada como la que se impuso De Maistre en su *Voyage au tour de ma chambre*; pero no excede a la que Almeida Garrett se señaló en sus *Viagens na minha terra*, sazoadísimo fruto del mejor romanticismo portugués. Jornadas en su propia tierra son estos viajes y la limitación geográfica ha de estar suplida por la perspectiva profundísima del paisaje moral del autor, como en el propio De Maistre, y por los ilimitados itinerarios históricos que la vista de su tierra ha de sugerirle. El caminante voluntario de los caminos, aprendidos de memoria, de su nativa montaña, es viajero infatigable de su amor a la tierra natal, de sus recuerdos de historias y tradiciones.

Tiene este libro un carácter singular que hace difícil emparejarle con cualquiera de nuestra bibliografía de viajes. Cabría un paralelo, y Menéndez y Pelayo le ha ensayado, con el libro de Alarcón *La Alpujarra*; pero en esta comparación, en que uno y otro escritor continúan las características notadas al tratar de sus viajes a Italia, se separan y distancian insuperablemente, y al acentuar sus virtudes y sus limitaciones vence totalmente el cántabro con su manera densa y documentada, con su estilo trabajado y ejemplar, al andaluz preocupado de superficialidades pintorescas y sin más horizonte histórico que el monótono de la guerra de la rebelión de los moriscos, suceso de interés localísimo, que debe lo más de su celebridad en nuestros fastos históricos a la fortuna de haber encontrado para su relato las plumas más ilustres de nuestras letras desde el siglo XVI, sin excluir en el XIX la del propio Alarcón.

Escalante se daba perfecta cuenta de la limitación de interés de los temas históricos puramente comarcales. Haciendo la crítica de un libro de Enrique Menéndez, y refiriéndose a su preferencia por temas líricos puramente locales, escribe la mejor doctrina, aplicable con mayores razones a los temas históricos: "Cuanto es

de la patria, y sin otra excelencia, cobra a sus ojos valor e importancia desmedidos, con lo cual, en mi sentir, su elección yerra y se extravía; su fantasía generosa e inquieta va a posar el vuelo en algo que la común opinión estima merecedor de

Alto silencio y perdurable olvido.

Ciegos, estos amantes de la patria no se paran, como no se paran los otros, a examinar para escoger luego, ni en rigor amor que escoge parece amor verdadero, aun cuando, por escogido, parece amor acertado y a la postre dichoso. Hállanse con esa pasión dentro del alma, deléitanse en ella, sienten su caricia y solamente al cabo del tiempo dan en buscar razones que disculpen y aun encarezcan aquel yugo y tiranía, que sin haberlos buscado sintieron y con alegría y contento de sí mismos llevan. “Con esta convicción emprende los itinerarios históricos más largos, las rutas más universales, y junto a la tradición local, que recoge amorosamente, evoca los sucesos de mayor volumen histórico, y acompaña complacido por las partes más distantes a los montañeses más representativos: a Siria y a Judea, al último señor de Cantabria, a las regiones renacentistas más universalmente frecuentadas, al arquitecto genial Juan de Herrera.”

Amós de Escalante sabe compaginar en este libro su curiosidad ilimitada, sus aspiraciones de generalidad, con la expresión de lo más íntimo y entrañable de sus preferencias por la tierra montañesa. El sabía bien que tal amor y el tono de tal sentimiento había de transparentarse, aun sin pretenderlo, en quien tan entrañablemente la quería. “El pensamiento no tiene fronteras —escribía— ni reconoce diferencias de lengua ni de raza; acude, vuela, y hace morada, como el ave emigradora, del clima y del cielo que le sonríen y convienen; la voz, empero, conserva los ecos dulces de la patria, el sonido singular que con una sola de sus modulaciones despierta y pinta tantas cosas como forman la vida íntima y completa del filial cariño.” Y si tal podía decir del tono y acento de la voz, mejor podremos aplicarlo al giro sentimental del pensamiento en la patria embebido, a la efusión irreprimible del apasionado de su comarca nativa.

(Concluirá.)

JOSÉ M.^a DE COSSÍO.